

Hé aquí el relato del marqués de Saint-Aymour tal como lo escribió, en un estilo algo profuso, demasiado sentimental, casi declamatorio, como escribe la gente del gran mundo que teme escribir cuando habla.

La duquesa de Campagnac leyó con emoción esta historia de una pobre mujer que había visto su ideal en Parisis y que había muerto por haber tocado la realidad.

—Qué Parisis! murmuró la duquesa recordando que se había atrevido á decirle que la amaba. Verdad es que es un hombre encantador.

Y sintió miedo ante su fatal imágen.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

VIII.

LA HORA DEL DIABLO.

La duquesa de Campagnac—pseudónimo de un nombre ilustre, puesto que ni el ducado ni el duque de Campagnac no existen—pensaba pues algún tanto en Octavio.

Cierto día bajó desde su calesa á la vaquería del Prado Catalan.

Todas las mesas estaban ocupadas: se mantuvo en pié por un instante, mas luego, doblegando su orgullo, halló del mejor gusto el sentarse como las otras señoras, cualquiera que fuese su compañía.

Cuando dejó su sombrilla sobre la mesa, reconoció su vecina que era la condesa de Entraygues, la cual, como ella, había ido allí sin ir acompañada.

Las dos amigas no se habían visto desde los ruidosos hechos ocurridos con Octavio de Parisis en la avenida de la Reina Hortensia. La condesa había ido á casa la marquesa de Fontaneilles; pero ya se recordará que esta la recibió con el mas alto desden, por cuyo motivo no se atrevió á visitar sus demás amigas. No vió, pues, á la duquesa: si alguna vez se en-

contraban, era tan solo de vez en cuando, y entonces la duquesa sonreía vagamente bien como para expresar que no había olvidado lo pasado, pero que ni la una ni la otra seguían por el mismo camino.

En aquel día, á menos de cometer una grosería, la duquesa se vió obligada á dirigir la palabra á la condesa, lo cual efectuó con una gracia encantadora mezclada con cierta reserva.

—Ah! buenos días, Aliza; tengo un placer en veros; no os creía en Paris.

La señora de Entraygues se impresionó ante esta acogida, puesto que conocía el orgullo de su amiga.

—Mi querida duquesa, estoy en Paris porque Paris es el único país donde el corazón olvida.

Hubo un momento de silencio.

—No os habeis vuelto á ver con el señor de Entraygues, se atrevió á preguntar la duquesa.

Tal vez quería decir con el señor de Parisis.

—Nó, á Dios gracias, respondió Aliza. Ya conoceis el proverbio árabe: «Es necesario no volverse nunca hácia el enemigo si no es para matarle.»

Trajeron á la duquesa una taza de leche y pan de centeno.

—Venís aquí con frecuencia? preguntó á Aliza.

—Sí, pero no en coche. El año pasado yo paseaba mis caballos: hoy me paseo á mi misma.

—Es decir que desde vuestra separacion no os ha quedado una verdadera fortuna?

—Nada, absolutamente nada. He vivido de mis alajas.

Y tratando de sonreír, añadió:

—Hoy soy como Cleopatra: bebo mi última perla. La condesa bebió su taza de leche.

—Os amo demasiado, mi querida Aliza, para dirigiros estériles reproches; pero como habeis podido jugar una existencia cual la vuestra, en un solo golpe de dados?

—Como! Pero si no soy yo quien la ha jugado sino el señor de Entraygues. No es mi locura la que nos ha arruinado, sino la suya. El lo perdí todo, porque yo cometí siempre la tontería de firmarlo todo. Hoy no sería mas rica de lo que soy: sería tan solo una mujer honrada cual vos. Pero ya sabeis que una mujer honrada sin dinero, vale en Paris muy poco. Y además de esto, quereis conocer el estado de mi alma?

—Veamos.

—Pues bien: jamás me he arrepentido ni un instante de lo que he hecho. Esto os sorprenderá sin duda?

—Sí, lo confieso.

—Es que no os encontráis á la otra orilla, y no podeis comprenderme.

Hubo un momento de silencio.

La duquesa arañó su pan, é hizo como quien deseaba comprender.

—Volvisteis á ver al señor de Parisis?

—Sí. Pero no me arrepiento porque le he vuelto á ver, sino porque le he amado.

—Y bien, no os comprendo. Vos no me hareis creer que una hora de amor compense un siglo de amarguras.

Aliza dió un suspiro.

—No os lo haré creer, dijo, pero yo lo creeré siempre, porque esta hora de amor se la ha esperado por mucho tiempo, se la ha saboreado con delicia, y se recuerda hasta la muerte. Quien sabe si la vida es otra cosa?

—Quien sabe!

Esta frase se habia escapado á la duquesa estando pensativa.

—Así, prosiguió Aliza, yo os tengo por la mujer mas virtuosa del mundo, por la criatura mas noble; pero os divertís mucho?

—No; por el contrario, me fastidio siempre. Yo no he cogido cual vos la corona de rosas; solo he cogido escabiosas; pero me gustan estas flores. Y además de esto: el fin de la vida no consiste en divertirse.

—Opino cual vos. He querido decir que la virtud no vale lo que cuesta. Creéis que Dios ha condenado la mujer á esa lucha mortal que sostiene contra su corazón? Recordad las frases del Evángelio: «La que haya amado será perdonada.» Amar! sentir un corazón que está latiendo junto al vuestro! Ver unos ojos que se pierden en vuestros ojos! abrigar un alma en pena en otra alma de fuego! Amar! equivale á abrir

la puerta del Paraiso aunque sea para bajar al Paraiso perdido.

La duquesa miraba á Aliza con simpatia.

—Ah! sí, dijo: vos habeis amado. Ahora os comprendo. Se me habla siempre de mi virtud; y bien, desde lo alto de mi virtud yo os perdono.

Aliza estrechó la mano de la duquesa.

—Es así como decís pues para vos la virtud no es una palabra. Sé que sois una mujer de otro siglo.

—Vuestra direccion es mas alta que la virtud: si hubiese un camino de rosas y otro de espinas, elegiríais el último.

—No me canonicéis tan pronto.

La duquesa miró en torno suyo, bien como si temiese que álguien la oyese ó la espiara.

—Quereis pasear un poco?

Las dos amigas cogieron un sendero bajo unos grandes árboles.

—Escuchad Aliza, vos sois una mujer de corazón, y bien puedo hacer os confidencias. Hoy tengo treinta y cuatro años; he visto caer mi juventud sin un día de sol, bien como si hubiese vivido siempre en días de lluvia. Todo ha sido triste en torno mio. Mi fisonomia es tan severa que nadie se ha detenido en frente mio, para decirme que soy hermosa. He vivido siempre bajo la balumba del respeto. Se ha colocado un perpétuo punto de admiracion ante mi virtud: pertenezco á todas las fiestas del mundo, pero sobre todo á las de la iglesia y á las obras de caridad. Lue-

go que entro en un salon, todo el mundo me habla de los huérfanos del Hospicio ó del Refugio de Santa Ana. Debo confesarlo? En mi peregrinacion ruda, he tenido mis instantes de duda, pues no os hablo de mi marido, un amigo que nunca ha sido mi amante. Me he preguntado mas de una vez si no se podia ser buena con los pobres, sin ser tan rigurosa hácia una misma. Tendrá Dios mas en cuenta mis limosnas, porque mis manos serán mas blancas? Que importa que sean mas blancas si estan llenas de oro?

—Os responderé con franqueza, dijo la condesa. Sí: Dios tendrá en cuenta la mayor ó menor blancura de vuestras manos. Pero cuando Dios me haya perdonado quien sabe si las dos nos encontraremos sentadas en una misma esfera? Y si existe un infierno, este infierno, por horrible que sea, no podrá arrancarme el recuerdo de mi hora de amor.

La duquesa estrechó la mano de Aliza.

—Sí, teneis razon. Quiero decirlo todo. Yo amo á Parisis.

—Ya lo sabia, dijo la condesa.

La duquesa miró sorprendida á su amiga.

—Y como lo sabiais?

—Porque si no hubieseis amado á Octavio no me hubierais hablado por tanto tiempo. En mi corazon buscabais á él.

La duquesa no halló una palabra que oponer á esta verdad. Bajó su cabeza y murmuró:

—Sí, le amo.

La señora de Entraygues dijo á la duquesa que todo el juego de naipes pasaria entre sus manos.

—Ya lo veis, mi buena amiga, las mujeres no juegan impunemente con Octavio de Parisis. Yo fui la primera que me eché en sus brazos; el dia en que la marquesa de Fontaneilles se olvide de hacer la señal de la cruz, será la segunda; la señorita de la Chastaigneraye le adora hasta perder la razon, y vos, á quien creia fuera de su alcance, vos ya estais cogida.

La duquesa irguió su cabeza con orgullo.

—Sí, le amo, dijo; pero yo arrancaré de mí tan mala yerba aunque para ello tenga que arrancarme el corazon.

Y contó á la señora de Entraygues como habia encontrado á Parisis en casa de la marquesa de Fontaneilles; habló de su talento por saberlo decir todo, aun aquello que no es necesario decirlo, y de su irri- tante hechizo. El jóven habia hecho el amor á una y otra, pero se habia estrellado.

—Llamais á esto estrellarse? El amor nunca triunfa en la primera batalla. Es con frecuencia un labrador pacífico que siembra en octubre para segar en julio.

La sombra se hacia á cada instante mas sombría: la duquesa y su amiga podian creerse muy léjos de Paris: tal era el silencio y la soledad que allí reinaba.

Las palabras quemaban los lábios de la señora de

Campagnac; parecia que estaban aprisionadas en su garganta. La duquesa no se atrevia á hablar en voz alta.

Esto no obstante, dijo:

—Os sorprenderé mucho, mi querida Aliza, si os digo que mas de una vez he soñado en esa embriaguez que os ha hecho á vos mas bella que antes, bien como si la pasion fuese la última palabra de la belleza para las mujeres?

El rostro de la duquesa, al espresarse en estos términos, se puso color de púrpura como el sol cuando se pone.

—No me sorprendeis del todo. Me consta que casi todas las mugerès tienen sus horas de tentacion; hé aquí porque son sublimes cuando llegan blancas al sudario, hé aquí porque es necesario perdonarlas cuando han cruzado todas las alegrías y todas las angustias del amor.

—Sí, prosiguió la duquesa, bien como si continuara su pensamiento, alguna vez he pensado en esas leyendas en que se daba el alma al diablo durante una hora por una condena eterna.

—Sí, la condena es terrible; pero la hora es hermosísima.

—Doy gracias al Dios por haber alejado al señor de Parisis de mi camino. Ha venido á mi casa cuatro veces: no comprendió que en la última entrevista fui tanto mas severa cuanto mas le temia; hé aquí porque me he hecho tan indulgente con las

faltas de los otros. Hasta entonces yo no habia visto el abismo.

—El abismo! Ya caerás en el, dijo para sí la señora de Entraygues.

Habian vuelto á la vaquería.

—Me habia olvidado, interrumpió de pronto la duquesa; hace ya mas de una hora que me aguardan á la orilla del lago.

Y besó á la querida de Octavio.

Y era efectivamente la querida de Octavio á quien besaba. La señora de Entraygues no se engañó en este punto y murmuró:

—Es un recuerdo que me toma en las mejillas.

Por la noche Aliza encontró á Parisis.

—Mi querido duque, le dijo; perdeis las batallas en el momento de la victoria; hoy he encontrado una mujer á la cual habeis amado por espacio de ocho dias y que no hubiese resistido al noveno.

Octavio buscó en sus recuerdos.

—La Dama de Oros! exclamó.

—Oh! no os diré como se llama.

—Es ella, no lo dudo.

Comprendí demasiado tarde—no se es nunca perfecto—que ella habria concluido por amarme, pues ya sabeis que yo nunca dudo de mi mismo.

—Teneis razon. Para inspirar confianza á los otros es necesario tener confianza en sí.

Algunos dias despues, como Octavio encontrara á la duquesa de Campagnac la dijo que tenia algunos

cuadros italianos dignos de su admiracion. Sabia que la duquesa poseia el sentimiento del arte de un modo muy distinguido y deseaba que se sirviese darle su opinion.

—Si habitaseis en el Louvre, le dijo la señora de Campagnac, tal vez iria á visitaros.

—Señora, cuando se está cual vos sobre su pedestal de mármol de Carrara, se está tan léjos de los ataques de los hombres que se puede ir á todas partes, sobre todo á casa de un aficionado al arte.

—Un aficionado al arte!... Lo mismo dá: os cojo la palabra dijo la duquesa; mañana iré á ver vuestras vírgenes.

Octavio no la dió la llave de plata: la duquesa cruzó la puerta principal.

El palacio estaba adornado de gala, como en dia de recepcion.

Octavio temia que la duquesa fuese allí con alguna amiga; pero fué sola.

Admiró el palacio; admiró su mueblage admiró sus cuadros; pero los vió realmente?

El duque de Parisis la recibió con una gracia y amabilidad respetuosas, con esa penetrante dulzura que llega hasta el alma.

La duquesa no tenia miedo de ella porque no tenia miedo de él.

Habia llegado hasta el mismo dormitorio de Octavio, bajo el pretexto de ver esmaltes de Leonardo Lيمونسin y una Virgen del Perugino.

De pronto el reloj dió las tres.

El diablo hacia sonar aquella hora.

La duquesa se estremeció. Un mismo pensamiento cruzó por su alma y por el alma de Octavio.

—Mi hora! se dijo el mancebo.

—Mi hora! se dijo la duquesa.

Se comprendieron? Octavio cojió las manos de la duquesa y la miró con ojos encendidos en el fuego del infierno. Ella palideció, vaciló y quiso huir.

—Nó! le dijo él juntando sus manos al rededor de su garganta. Nó! yo te amo!

Quiso desprenderse; mas la dulzura de aquellas manos la contuvo.

Octavio la besó en los cabellos; sus lábios estraviados quemaron la frente y mataron la virtud.

La naturaleza volvia á cobrar sus derechos: el alma era ahogada; la mujer estallaba á través del ángel.

—Y bien! dijo ella en su estravío; quiero amarte durante una hora!

Y esparció sus cabellos de oro sobre su frente como para velar su rubor.

Era la hora del diablo. Interrogad á Satan y os dirá como se pierde el cielo.

Dieron dulcemente las cuatro en el reloj de Octavio.

El rumor de las campanadas fué para la duquesa como la trompeta del dia del Juicio. Le pareció que el mundo temblaba; que las estrellas caian del cielo

y que el sol velaba su faz. Pero nada habia cambiado en torno suyo. Levantó su cabeza: la Virgen del Perugino la miraba siempre con la misma sonrisa.

—Adios, dijo á Octavio, no nos volveremos á ver nunca.

—Nunca! dijo Octavio, que jamás contrariaba á las mujeres.

La duquesa habia vuelto á recobrar su aire de mujer del gran mundo, su dignidad romana, su severidad heráldica.

Al verse cruzar frente al espejo de Venecia se reconoció tal como era antes de su caída.

Pero al verse cruzar por en frente de su conciencia, no se reconoció á sí propia!

IX.

LAS VISIONES DE LA SEÑORITA JULIA.

El duque de Parisis se consolaba fácilmente del dolor que ocasionaba á las mujeres.

Apartaba sus ojos de la mujer que lloraba para no ver mas que á la que sonreía.

Octavio no creía en los espíritus; mas hacia creer en ellos.

Escuchad esta historia.

Porque no se oía hablar de Mr. Home, porque Mr. Victoriano Sardou habia trocado el retrato de Swedenborg por el de Beaumarchais, se decia que los espíritus habian vuelto á los cielos. Pero el reino de los espíritus descende mas y mas hácia la tierra, y su primer departamento es Paris, donde tiene ministros de ambos sexos.

La accion no pasa en la Selva Negra, sino en un hermoso palacio de la Calzada de Antin. Diga lo que quiera Saint-Simon, los palacios de la Calzada de Antin son muy visitados. A despecho de la escuela romántica, las casas mas notables de la calle de Provenza, de la Victoria y nueva de los Maturinos, ven

subir y bajar por sus escaleras un gran número de dramas románticos y de baladas al resplandor de la luna.

Llego á la historia de mi belleza «pálida como una hermosa noche de verano.» Es una hija de buena casa, de aire cándido y espíritu maligno. Sus padres la querían casar. La deliciosa niña declinó el marido. Pero en qué sueñan las niñas si no es en casarse?

La madre cogió la niña aparte y la dijo:

—Queremos tu dicha, de donde quiera que esta venga; un marido no te robará á nuestro amor aunque te coja en sus brazos. Yo me dí á tu padre y no fui desgraciada. Quieres tú darte al diablo?

El padre hizo un discurso igual al de la madre; el esposo habló como la esposa; mas solo apareció una sonrisa en los labios de la hermosa.

—A qué viene esta sonrisa? preguntaron á un tiempo el señor y la señora de Canillac.

—Es que yo amo á alguien, dijo la niña con aire misterioso y grave. Es que yo amo á alguien que no es vuestro protegido, como es el señor de Terray, ó el señor de Mortagne, ó el señor de Langeac. Vosotros no conocéis al que yo amo. Llegará un día en que os diré quien es. Hasta entonces no queráis engañar mi destino enlazándome á otro.

Mas el padre y la madre vivían inquietos. Se trató de forzar la bella y misteriosa jóven.

—No podrias mostrarnos aquel á quien amas y que te ama?

La madre suplicó, el padre fingió que daba órdenes, los amigos la interrogaron maliciosamente.

Julia permaneció aun cierto tiempo sin contestar. No se quería divertir en el Bosque, en los bailes, en las tertulias, en las carreras. Cierta hermosa tarde—pues las tardes son eternamente hermosas cuando hablan de amor—Julia respondió con firmeza y sin que se ruborizara lo mas mínimo:

—Vais á saber este secreto: amo á un hermoso noble del tiempo de Luis XV; es coronel de un regimiento del rey; ganó la batalla de Fontenoy; su alma es elevada, sus maneras son caballerescas y su palabra es elocuente á mi alma. Pero es tan discreto como glorioso, y no quiere aparecerseme sino cuando estoy sola: entonces puedo contemplarle en el ideal, oírle en sueños, amarle en lo desconocido y adorarle en lo imposible.

Juzgóse que todo esto se parecia algo á la locura. Llamóse á Víctor Sardou, que respondió: «He vuelto del otro mundo; mi espíritu ha matado los espíritus.» Beaumarchais dice que yo me burlo de él y que mi pluma no necesita de su mano para ser guiada.»

Se llamó á Mr. Home, *Ecce Homo*; pero este dijo que le encerrasen una noche con la jóven espiritista para ver mas de cerca sus visiones. Mr. Home estaba casado y se le envió á pasar la noche con su mujer.

La madre, que con los sueños de su hija no dormía, se resignó á velar en la puerta del cuarto donde habia las visiones.

Se tomó el té alegremente según costumbre. A las once la niña bostezó y encendió su bujía.

—Buenas noches, papá, buenas noches, mamá.

Se la deseó buena noche. En seguida cerró la puerta.

La madre acercó el sillón á su dintel y aguardó.

Transcurrió una hora en silencio. Cuando dieron las doce se oyó un ruido, *un ruido en la pared*, según cuentan las leyendas. La madre quiso entrar, pero contuvo su curiosidad. Abrió su boca y escuchó con todos sus oídos.

Lo que oyó fué este dúo á lo Romeo y Julieta.

—Sois vos, desconocido mío?

—Sois vos, amada mía?

—Os aguardaba.

—Pero si desde ayer no os he dejado.

—Sí, pero erais invisible; me gusta el veros.

—Hé aquí porque he resuelto dejarme ver por otra vez.

—Por solo otra vez! Me gustaria tanto ver vuestro uniforme!...

—No lo llevaré mas, ni aun por vos.

—Lo que constituye mi dicha es el ser amada por un espíritu que no es de este mundo sino para mí sola.

—Cuán bella sois, Julia!

—No me toqueis!

—Qué teméis? no soy de carne y hueso como los simples mortales.

—Oh! Dios mío! habeis matado la bujía.

—Querida de mi alma! soy un espíritu puro y mis besos no os tocarán.

—Pero cogéis mi mano.

—Es la fuerza de la ilusión.

—Cielos! me abrazais!...

En el instante en que las madres dicen que es el momento crítico, la madre de Julia entró súbitamente.

—Qué es lo que he oído, señorita?

—Mamá, es el Espíritu.

—Donde están las cerillas?

—Ah! mamá, por qué entraste?

—Digo que quiero ver.

Encendióse la bujía.

No se vió nada.

La madre corrió á la ventana y á la chimenea: no vió mas que la noche y no oyó mas que el silencio.

—Adios, señorita: no soñéis, pronunciando palabras en voz alta; pues os hallais tan desocupada que vos misma os haceis las preguntas y os dais las respuestas.

—Adios, mamá.

Pero la madre volvió á su sillón. Y el hermoso dúo volvió á empezar, en una escala mas vibrante.

—Como late tu corazón, Julia!

—Sí, amigo mío; mi madre me dió miedo.

—Cuanto te amo, Julia!

—Pero caballero, vos direis que es ilusión; pero

lo cierto es que siento sobre mi corazón vuestra mano. Y además de esto: yo no he matado por segunda vez la bujía.

La madre volvió á aparecer. Se representó la misma comedia. La niña estaba sola.

—Señorita, aquí hay alguien.

—Sí, mamá, alguien invisible que no se presenta sino cuando estoy sola.

—Esto son cuentos.

Y la madre volvió á registrar y no encontró á nadie.

Al día siguiente se hicieron venir cuatro médicos, los cuales dijeron que el corazón de Julia se encontraba á la izquierda de su pecho y que la paz del mundo se hallaba turbada por los espíritus mezquinos. Los grandes médicos son grandes políticos.

Este texto necesita estar ilustrado por un grabado á fin de que sea mas luminoso, ó mejor dicho, el grabado es el que tiene necesidad de ser explicado.

ESPLICACION DEL GRABADO.

En el invierno pasado encontré á la señorita Julia en un baile de embajada. Ella valsó tres veces con un escéptico que la ofreció hacerla hablar con los espíritus: el señor Octavio de Parisis.

SEGUNDA ESPLICACION DEL GRABADO.

La señorita Julia tiene una doncella que duerme

en su gabinete de tocador. Esta doncella posee el misterioso arte de introducir los espíritus.

COMENTARIO ARRIESGADO.

El gabinete de tocador tiene dos puertas: la primera es una puerta disimulada por el papel de la pared que no rechina sobre sus goznes, una verdadera puerta para enamorados, la cual dá en el dormitorio de Julia; la segunda es una puerta ordinaria que dá á la escalera de servicio.

Los espíritus no se consideran humillados cuando cruzan por allí aunque revistan la figura del duque de Parisis.

X.

LA SEÑORITA REBECA.

No he querido seguir á Octavio en las mil y una aventuras del medio mundo, y del mundo de los teatros. Allí encontraba aun grandes damas caídas ó cómicas que representaban las grandes señoras en la escena. Naturalmente todas le querian conquistar para fijarle, ya que no para amarle un cuarto de hora. Decia con su altiva impertinencia esto que se ha venido renovando desde Brantome: «Para fijarme seria necesario todo el papel del Tribunal de Cuentas.» Resignábase á desembarazarse de las mujeres al tomarlas. Algunas le tomaban por lo sério; le encontraban tan hermoso, que se encarnizaban en él con furor.

Fuele necesario todo su alto desden para echarlas lejos de él. Algunas veces se dejaba coger por algunas semanas en esas pasiones del azar. Una actriz célebre en los teatros de género, mas célebre aun en los clubs por sus gallardas aventuras, la señorita Rebeca—para no llamarla por su nombre,—encontró á Parisís en su último viaje á Epsom.

Al llegar á Londres se dignó cenar con ella cierto

dia en que debía cenar con el príncipe de Gales, el duque de Cambridge el marqués de Englesca y el príncipe Alfredo. Octavio preferia una mujer tonta á cuatro hombres de talento. Prometióla volver á cruzar el Océano en su compañía; fué adorable, fué irresistible y parece que los dos fueron dichosos en Inglaterra.

Pero Octavio no queria ser dichoso en Francia, diciendo que esto debía dejarse á los ingleses.

Rebeca era una mujer de demasiado talento para insistir: no tenia por otra parte la costumbre de eternizarse en un amor; cambiaba de amantes como de botinas; era la mujer mejor calzada del mundo.

Pero he aquí que Parisís se enamoró de ella sin saber porque, ó, mejor dicho, lo sabia demasiado. No habia vuelto una sola vez su cabeza para mirarla sin que la dejara el recuerdo de una mujer de talento que sabia encuadrar su belleza en el hechizo y lo imprevisto.

En cierto dia lluvioso, Octavio se atrevió á visitarla: no encontró mas que su doncella. Le dejó cuatro líneas donde la pedia una hora de conversacion para entre once y doce de la noche.

Cuando la señorita Rebeca volvió á su casa ocurrió una escena de comedia que vale la pena de ser contada.

Es necesario ante todo que os diga que dicha señorita Rebeca, que tenia todo el talento del mundo, no sabia leer ni escribir.

Aparte de esto, no ignoraba nada. Había conocido el teatro demasiado tarde. No lo decía á nadie. Lo que parecerá extraño es, que á pesar de esto, representaba comedias. Por la misma razón de que no sabía leer, tenía una memoria prodigiosa. Todo lo que se la decía, se grababa como al agua fuerte en su alma; llegaba con su papel, lo daba á su doncella y se tendía en su sofá diciéndola: «Recítame esto.» Y después de dos ó tres lecturas, sabía su papel.

Si se la preguntaba: «Porque no me escribes?» respondía que no era tan bestia para escribir. Escribía por medio de su doncella. Si cambiaba de doncella, se la decía: «Este no es tu carácter de letra,» á lo que replicaba tranquila: «No soy tan tonta para comprometerme. Yo siempre hago escribir mis cartas de amor, mis cuentas de cocina, y mis cartas á la órden por mi doncella.»

Ella no confesaba jamás que no sabía escribir sino cuando su doncella abusaba de su situación. Pero como no se encuentran siempre doncellas que esten al corriente de la ortografía, perdonaba algunos pecadillos á la suya.

Por lo demás he aquí la comedia. Se representa en el boulevard de Malesherbes donde nuestra mujer, que quería representar las *Mujeres sabias*, habitaba un cuarto lujoso.

La señorita Rebeca acababa de saber que su doncella que llevaba el hermoso nombre de Cornelia, dirigía cartas á sus amantes sin cambiar la letra.

Entró ruidosamente en su cuarto cogiendo el cordón de la campanilla.

—Cornelia! Cornelia!

Apareció la doncella mostrando gran negligencia.

—Ya he oído señora.

—Y bien: si has oído, coge tu sombrero, tu delantal y tus chinelas.

—Para que, señora?

—Para ir á la calle. He sabido acerca de tí cosas preciosas.

—Y la señora no me arregla la cuenta? Cuanto mas amigos, mas claros.

—Impertinente: yo no soy tu amiga!

—Sois mi querida, señora: á lo menos, tengo esto de comun con ciertos caballeros.

Al oír estas frases la señorita Rebeca no pudo contenerse: dió una patada en el suelo, dejó su moña en la cama, y levantó el pié con objeto de aplicarlo sobre la señorita Cornelia, la cual soltó una carcajada.

—Porque hablas así.

—La señora no ha visitado mis efectos; quizá en mi cofre he metido algunos billetes de banco pertenecientes á sus amantes, ó algunos dulces billetes dirigidos á la señora.

—Basta de insolencias ú os hago meter en San Lázaro.

—La señora me dijo alguna vez que no se vivía mal allí. Pero yo desearía saber porque he merecido su cólera.

—No me rebajaré hasta el punto de daros mis razones: sabed únicamente que yo sé como habláis de mí en los teatros: ninguna necesidad tengo de decirlos con quién.

—La señora tiene tantos nombres metidos en la cabeza y el corazón, que podría muy bien engañarse. Pero no me dá ningun cuidado al hallar otra colocacion que valga lo que esta. Adios señora.

—Ya debieras estar en la escalera.

La doncella hizo una reverencia irónica, franqueó el dintel de la puerta, y cerró esta con estrépito.

—Por fin!... dijo Rebeca: hace ya mucho tiempo que debia haber hecho justicia.

La puerta volvió á abrirse y la doncella volvió á asomar su hocico.

—Me olvidé decir á la señora que el señor duque de Parisis ha venido, y que la ha dejado escritas dos líneas.

—Ha venido? Ya sabia yo que volveria.

—Oh! en tratándose de la señora, esto es una novela que jamás concluye; hay siempre aquello de *se continuará*.

—Y bien, entrad y traedme este billete.

Inmediatamente la doncella trajo sobre una bandeja de plata el billete del duque de Parisis. Rebeca lo cogió, le dió vueltas, y enseguida lo dió á su doncella, diciendo:

—Y bien, léelo.

—Pero yo no estoy al servicio de la señora. Que

haga como la emperatriz: que tome una lectora.

—Está bien, señorita, lo mandaré leer.

—La señora tiene excelentes amigas que se lo leerán, y que sacarán de ello un gran provecho. Mas lo que hay aquí de sensible es, que el señor duque no ha visto nunca sino mi caracter de letra.

—Si le hago contestar por otra, creará que escribo con las dos manos.

—Haced lo que gustéis, señora. Si hoy tuviese que venir la lavandera, os sacaria de apuros. Escribe perfectamente.

—Vaya lavemos nuestra ropa súcia en casa. Basta de tonterias: léeme esto.

La doncella hizo gestos y muecas mirando al propio tiempo, el billete. Por fin, se dignó leer:

«Mi querida gatita: la tinta de la virtud es en tí muy rara. Dime si la montaña vendrá hácia mí, ó si yo iré á la montaña, entre once y doce de la noche.

»Tu apasionado

»D' EPSOM DE LA PENITENCIA.»

—Y bien, dijo Cornelia, que quiere decir esto? Vaya un estilo! Que hará allí la montaña?

—Esto se halla escrito en el mejor y en el mas delicado estilo; pero tú no puedes comprender esto, porque ni siquiera has cursado humanidades. Pronto, pronto, escribe al duque.

La doncella escribió con su hermoso carácter de

letra, un inglés bastardo, esta obra maestra de talento en la tontería:

«Perrito mio: la gatita no te hará pata de gallo; rehuso, para verte esta noche, una cena en la Casa de Oro, donde se tenia que hablar de oro. Mas para mí, que tengo un corazon de oro, que me importa esto?»

Aquí la doncella sintiéndose inspirada arrojó al techo su pluma.

—Esperad, señora, dijo, ahora recuerdo un latinazo que vá á darnos una reputacion inmensa.

—Un latinazo! sin duda será latin de cocina.

—Si señora; pero es el mejor.

—Veamos el latinazo.

—*Va victis!*

—Que quiere decir esto?

—Lo ignoro; pero todos esos caballeros lo ponen.

—Y bien, vaya por el latinazo! al señor de Parisis no hay que rehusarle nada.

A las doce de la noche Octavio encontró á Rebeca en una cámara nupcial del Café Inglés. Se consideró muy feliz en volverla á ver: le contó mil locuras, le recitó su papel nuevo, le dijo que únicamente las hijas de la Biblia, cual ella, eran dignas de ser amadas de un Parisis.

Cuando salian juntos á las dos de la madrugada, vieron que una mujer aguardaba frente al Café Inglés, teniendo su coche á la puerta.

Octavio se sorprendió al reconocer á la señora de Entraygues.

Su extrañeza fué tanto mayor, cuando vió que ella conocia á Rebeca. Y en efecto, se hablaron como verdaderas amigas.

—Donde os habeis encontrado? preguntó Parisis.

—Vaya una pregunta! En todas partes.

La señora de Entraygues bajaba, pues, cada dia un grado; mas fuese lo que fuese no podia olvidar á Octavio. No lograba dominar esta pasion de toda su vida. Mas Octavio no podia vivir con una sola mujer.

—Y sin embargo, murmuraba con frecuencia, si Genoveva quisiese!

—Mi buen amigo, dijo la señora de Entraygues á Parisis, he recibido una carta de Violeta: como tantas otras la pobre morirá por vuestro amor!

CAPÍTULO ALFONSINA

XI.

EL LAZO DE UNION.

La señora de Entraygues no veía la profundidad de su caída. Esto consistía que en vez de contemplar, según dice el poeta, las altas y nevadas montañas pisadas únicamente por la virtud, se dejaba arrastrar por el torrente que á sus piés mugía; en vez de templar su alma en el recuerdo de la familia y en la esperanza en Dios, no separaba sus ojos de las voluptuosas imágenes y de las novelas del medio mundo. Creíase preservada con su título de condesa, por sus altas maneras y por su desden hacia las jóvenes que no sabían ortografía. No creía profanarse al contacto de las mugeres perdidas que hallaba en casa de sus amigas, «que vivían *divorciadas*.» Por otra parte creía elevarse despreciando las señoras del gran mundo que hacen traición á un mismo tiempo á su marido y á su amante que no tienen valor para romper su yugo y que viven cobardemente entre la constante mentira.

Es necesario perdonar á las mugeres, no porque aman demasiado, sino porque se ven arrastradas con

tanta rapidez por sus pasiones que no tienen tiempo de volver su cabeza. No ven el abismo que les separa de la situación en que se hallaban. Las que mas se precipitan en el mal, creen estar siempre á la mitad del camino y se figuran que retrocediendo un paso pueden reconquistar su dignidad. Paris es la ciudad del perdón y del olvido. Cualquiera que sea el rumor de la caída, Paris lo dispensa todo si la muger es hermosa; los mas aristocráticos salones no le cerrarán su puerta y mas si se presenta á ellos con un hombre á la moda en el mundo oficial ó en el mundo de los clubs. La gente buena y honrada lo extrañará; mas los verdaderos parisienses, que se burlan de todo hasta de las virtudes de familia, dicen que la belleza tiene siempre razón.

Quizá los moralistas fruncirán el ceño y dirán que la sociedad se vá. Necesario es que haya moralistas puesto que hay mugeres aventureras. Si la mujer adúltera puede así desafiar su marido, la opinión, la familia; si tiene razón al cometer sus locuras porque es hermosa, si tiene sobre todo razón porque pertenece al gran mundo, nada tiene que temer excepto su conciencia. La conciencia es un pálido fantasma que únicamente aparece en las horas nocturnas y solitarias cuando la pasión duerme; mas á la primera visión la pasión despierta y arroja lejos de sí al fantasma. La Iglesia no ha creado al infierno sino porque Dios perdonó la Magdalena.

Aliza no temía nada. Tal era su ceguera que no

habia perdido la costumbre de ir á misa, creyendo vivir siempre en olor de santidad. Però lo que dará una verdadera idea de su ceguedad, será el decir que un dia fué á casa la señorita Rebeca que daba un baile de máscaras.

La señorita Rebeca se habia hecho célebre en el medio mundo sin saberse bien porqué. Los unos decian por sus cabellos, los otros por sus locuras; pero yo lo atribuyo al número de sus amantes.

Observaba la máxima de que solo debía cogerse, lo mas escojido del cesto, la flor de todo, las primeras auroras. Decia que eternizarse en un amor equivalia á perder la juventud. Los hombres no son héroes de generosidad sino en los primeros abrazos; no son magníficos sino vistos por fuera; no es necesario profundizarles mucho. En todo, á semejanza de madama Stael, no le agradaba sino el principio.

Siguiendo estas máximas se habia enriquecido. Habia calculado bien: esto de echar á los amantes de patitas á la calle antes de que ellos se despidan á sí mismos, no deja de ser un gran arte. Todos los amantes de la señorita Rebeca volvian á visitarla, enamorados aun de sus espléndidos hechizos y el uno le traia un ramillete, el otro una joya y el otro un cuadro. Daba comidas y se consideraba muy digno el ser invitado á ellas. Nadie se alababa de mandarla los pavos trufados, el pastel de *foie gras* ó los vinos generosos y sin embargo á la señorita Rebeca no la costaban nada sus comidas.

Daba anualmente tres ó cuatro fiestas donde no hacian falta sus principales *amigos*, donde iban á divertirse ciertas *señoras* de la buena sociedad, si es que la sociedad buena ó la sociedad mala existan.

La señora de Entraygues, que era curiosa, quiso ver de mas cerca aquellas *señoras* en su casa y aquellos *amigos* en casa de aquellas damas.

Gracias al dominó y á la careta, creyó que se haria invisible é impenetrable.

Por lo demás no fué ella la única que se atrevió á pisar con su aristocrática botina las manchadas alfombras de la señorita Rebeca. Se llevó consigo á la marquesa Ancini, una italiana estraviada en Paris que era aficionada al juego con la pasion de una veneciana que no ama sus amantes con una pasion florentina.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO HERTZ"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO